

Mujeres migrantes

Ma. de Lourdes García Acevedo

Maestra en Sociología y asesora del área de Equidad Social del GPPRD

** Publicación del Artículo "Mujeres Migrantes", en la Revista Virtual "Debate Parlamentario" de la Fracción Parlamentaria del PRD en la Cámara de Diputados LIX Legislatura, Número 7 , Nueva Época, Octubre de 2005
<http://prdleg.diputados.gob.mx>*

Para entender la migración femenina es necesario tener como contexto la industrialización, los patrones de urbanización, la transformación de la economía campesina en una economía de mercado, los cambios en la tenencia de la tierra y las políticas estatales que inciden en los cambios sociales y económicos en nuestro país.

Durante el periodo 1950 – 1980 hay una tendencia de migración femenina interestatal, la cual coincide con un proceso de urbanización que fue incorporando a las mujeres de forma lenta pero constante, como fuerza de trabajo.

A partir de la década de los setenta las mujeres migrantes empiezan a subsidiar una economía campesina cada vez más debilitada por la llamada "crisis agrícola". Su inserción en el mercado de trabajo urbano se diversifica, se incorporan al comercio, la industria, al sector informal, aunque el trabajo doméstico remunerado continua absorbiendo parte importante de la migración del campo.

Las crisis recurrentes que vive nuestro país y el cambio del "Estado de bienestar" por el de corte neoliberal, lanzó a más mujeres, de manera masiva, a migrar hacia Estados Unidos. A partir de 1990 la incorporación de las mujeres a esta indeseable travesía se ha intensificado y ya alcanza el 48% del total de 20 millones de latinos y centroamericanos que se encuentran lejos de sus tierras.

Datos del Consejo Nacional de Población, afirman que el flujo migratorio de México hacia Estados Unidos, ascendió a 400 mil personas en los primeros años del presente siglo, de las cuales un 20 % fue población femenina.

Las mujeres migran por dos razones: la económica y para reunirse con su pareja que ya está "en el norte". De esta forma, las migrantes en Estados Unidos participan en la vida económica en mayor proporción de lo que lo hacen en México. Es decir el 60% tiene un trabajo remunerado y otro 35% trabajan en su casa.

"Las personas van al norte y el dinero hacia el sur", afirma un estudio del Fondo Multilateral de Inversiones del Banco Interamericano de Desarrollo, ya que de los 16 mil 613 millones de dólares que recibió México por concepto de remesas en 2004, el 30 % fue enviada por mujeres.

Cabe mencionar que en 2004 las remesas superaron una vez más la suma de la cooperación externa y la inversión extranjera directa que recibe nuestro país.

Lo cual no debiera alegrarnos, porque detrás de esos dólares que las familias reciben, está la discriminación y malos tratos de que son objeto hombres y mujeres migrantes en Estados Unidos.

Las mujeres en particular son más vulnerables desde que están en el trayecto de llegada hacia Estados Unidos. Un estudio de la organización Sin Fronteras muestra que las migrantes son objeto de violencia por autoridades de migración, ejército, policía, empleadores y ladrones que se encuentran en su trayecto migratorio, más aún cuando se trasladan solas.

Estamos hablando tanto de las mujeres centroamericanas que pasan por nuestro país, como de las migrantes mexicanas, quienes en ambos casos viven violencia en todo el proceso migratorio. Las formas de violencia son física, económica en forma de extorsión, psicológica y sexual.

El estudio de la Secretaría de Salud “Migración, Género y SIDA, reveló que las mujeres son obligadas a aceptar el intercambio de “favores sexuales” por protección o por pasarlas “al otro lado”.

Desafortunadamente, las migrantes son objeto también de violencia en su entorno familiar y son sujetas vulnerables de las mafias dedicadas a la explotación sexual y a la criminalidad.

De esta forma, las desigualdades de género que viven en sus países de origen viajan con las migrantes, quienes lejos de su casa y familia, se ven obligadas a asumir tareas en condiciones de explotación laboral, sexual, negocio que mueve anualmente una cifra de entre cinco y siete billones de dólares.

Las mujeres están más expuestas que los hombres al trabajo forzado y tienen que aceptar condiciones precarias de trabajo, con salarios más bajos, expuestas a graves peligros de salud y a trabajos pesados e insalubres.

A pesar de que las migrantes cuentan con mayor escolaridad que los hombres, según el CONAPO, el porcentaje de desempleo es mayor en las mujeres.

Así, “el sueño americano” se convierte en la “pesadilla americana” para quienes huyendo de la pobreza o con la aspiración de “tener una mejor vida”, llegan a vivir en casas viejas, hacinados y en el mejor de los casos trabajando básicamente para sobrevivir y poder enviar dólares a su familia.
